

Sara Mesa o 'la familia, mal, gracias'

Un libro que rompe la dicotomía izquierda-derecha para cuestionar la institución familiar

IÑAKI EZKERRA

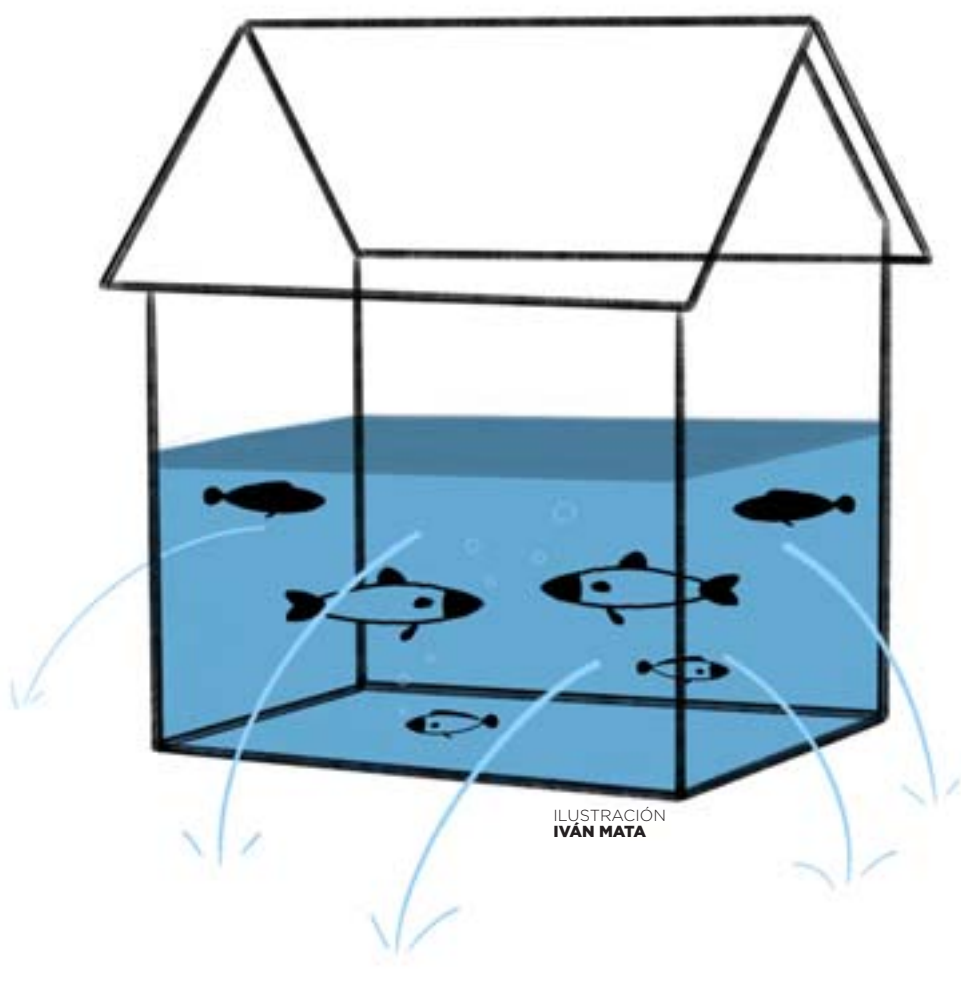


ILUSTRACIÓN
IVÁN MATA

El de la familia no es un tema del que se pueda decir que ha arrasado en la narrativa hispánica. Hablamos no de sagas, como sería el caso de 'Cien años de soledad', en las que el foco de atención se pone en el clan, el apellido o la leyenda, ni tampoco de vástagos de familias mutiladas o disfuncionales ('Pedro Páramo', 'La familia de Pascual Duarte'...) sino de novelas que se centren en el pequeño núcleo que conforman los padres y los hijos bajo un mismo techo aunque ese núcleo se vea amenazado por un conflicto o por un divorcio. En el cultivo de estas últimas destacan los nombres de Marcos Giralte o de Ignacio Martínez de Pisón. Y en esa nómina hay que incluir a partir de ahora a Sara Mesa gracias a su última entrega, 'La familia', un texto que describe un hogar marcado por un particular autoritarismo paterno que, en nombre del afecto, la confianza, la salud, la armonía y un extravagante proyecto de vida, no deja res-

pirar a ninguno de sus miembros.

No. Lo primero que llama la atención de la familia que nos presenta Sara Mesa en esta novela es que no responde, como podría esperarse, al estereotipado, opresivo y represivo modelo tradicional aunque, indudablemente, tenga algunos rasgos de este. El padre, que, como la madre, es invocado con mayúscula por la tercera persona omnisciente que predomina a lo largo del texto, es un abogado marcado hasta el fanatismo por las ideas de Gandhi, por su compromiso con varias nobles causas (la justicia, los derechos de los presos, los niños con síndrome de Down...) y un sentido austero de la existencia que le lleva a rechazar la posesión de un coche o de un televisor. Mezclado, sin embargo, con ese idealismo social y ese anticonsumismo que podrían interpretarse como progresistas, adolece de un afán maniático de control sobre su mujer y sus hijos que sí responde al patrón más conservador y



LA FAMILIA
SARA MESA

Editorial:
Anagrama.
Páginas: 224.
Precio: 18,90
euros.

que se manifiesta en corregirles de una manera permanente y arbitraria cualquier iniciativa o costumbre que él considera incorrecta, como hacer los deberes colegiales con un lápiz en vez de con un bolígrafo, o en prohibirles cualquier mínimo resquicio de privacidad, bajo la consigna que da título al segundo capítulo del libro: '¡En esta familia no hay secretos!' La misma relación con la frustrada esposa se halla teñida de unos tintes absolutamente reaccionarios y machistas en la propia sexualidad (le impone el coito pese a la resistencia que muestra ella en algún episodio del pasado) o en la prepotencia con la que la disuadió en su día de estudiar, como él, la carrera de Derecho. Toda esta omnipresencia en el hogar de la voluntad paterna logra transmitir al lector una atmósfera intolerablemente opresiva desde las primeras páginas.

Ecosistema sofocante

La estructura del libro es fragmentaria, a modo de capítulos autónomos, algunos de los cuales se podrían leer como relatos, si bien contribuyen a componer el mosaico novelesco. A través de ellos se van marcando los perfiles psicológicos y las historias de cada uno de sus seis miembros; de Damián y Laura, los progenitores; del hijo mayor, que se llama como el padre y que es el más débil e inseguro; de Aquilino que es el que posee más malicia y más sentido del humor; de Rosa, la más independiente e impulsiva, o de Martina, la primera que vive con ellos en adopción tras la muerte de su madre y que muestra una mayor mirada crítica inspirada por sus perplejidades y sus esfuerzos de adaptación.

Aunque detrás de todo este desasegante cuadro familiar, parece inevitable citar el manido inicio de la 'Ana Karenina de Tolstói («Todas las familias felices se parecen; las desdichadas lo son cada una a su modo»), la verdad es que esta novela casi podría ser una réplica a esa tesis: todas las familias desdichadas se parecen. Y es que, por más que esta presente rasgos sociológicos que ya se descuelgan del concepto familiar del franquismo, guarda unas inquietantes similitudes con los más asfixiantes hogares de la posguerra. Probablemente, estas se deben a la fatal combinación de la institución familiar con un proyecto ideológico que ahoga a esta, sea del tipo que sea, y la condena a un insostenible olor a cerrado. En este contexto, resulta fundamental el capítulo dedicado a 'El tío Óscar', que constituye una ventana de aire fresco, si no el eje, de la propia novela pues, con su humor y el modo irreverente en que se burla de su cuñado, ese logrado personaje, cuestiona todo ese sofocante ecosistema. 'La familia' es, en fin, una excelente novela porque se sale de los simplistas esquemas políticos que hoy asfixian a nuestra gran familia nacional.



SALIR A ROBAR CABALLOS
PER PETERSON

Trad.: Cristina Gómez Baggethun.
Edit.: Libros del Asteroide.
Páginas: 270. Precio: 19,95 euros.

«En un instante todo fue destruido»

Per Petterson (Oslo 1952) atrapa al lector con 'Salir a robar caballos' por su prosa pausada, sus elipsis que interpelan al lector y la presentación del bosque como un personaje más de la historia. Un relato dramático sobre los lazos familiares, los secretos que afloran tarde y la relación paternofamiliar, que invierte el dicho de que los hijos también decepcionan a los padres por la de que los progenitores también traicionan los sentimientos filiales. El autor de la también notable 'Hombres en situación' indaga en esta encrucijada emocional con un sutil despliegue de hechos, escenas y recuerdos que componen un exquisito y complejo retrato psicológico colectivo.

La novela, en primera persona relata el retiro de Trond, de 67 años, que abandona Oslo para vivir sus últimos años en una casita en la frontera con Suecia, a orillas de un lago y junto a un bosque. Busca aislamiento y el reencuentro con el bosque, pero no tarda en identificar al vecino de una cabaña situada a 200 metros como Lars, al que conoció 50 años atrás, y lo lamentará porque le ata a un pasado que creía haber dejado atrás.

El narrador evoca, mediante saltos temporales, su infancia, la ocupación nazi de Oslo en 1940, y su adolescencia, truncada por un trágico suceso en 1948. Un accidente que tendrá un efecto brutal en la forja del carácter de los implicados, unos niños y sus padres, porque «en un instante todo cambio y fue destruido». Entonces Trond tiene quince años, la sexualidad despierta con ímpetu, y permanece sumido en la confusión ante la expresión amorosa de los adultos, y la traición de su idolatrado padre.

El protagonista conocerá a través de un amigo de su padre la disyuntiva a la que éste se enfrentó. El reencuentro con Lars cincuenta años después completará el rompecabezas y redefinirá unos hechos que mermaron su capacidad para ser protagonistas de sus propias vidas.

IÑIGO URRUTIA